

Presencia del Maule en el arte nacional

Una primera cuestión dice relación con ese cierto poder evocador que tienen los ríos, y cómo en su entorno toman cierto sentido las expresiones de la cultura. Hablaremos del Maule, porque entendemos que en él se simbolizan los demás ríos y toda la cultura de nuestra región. En él tributan casi todas las aguas de esta zona.

El Maule, río emblemático de nuestra zona, ha sido pródigo en evocaciones e inspiraciones artísticas. Su geografía, rica en paisajes, ha establecido las condicionantes del desarrollo económico y cultural de una buena parte de esta zona central del país. La pertenencia a esta zona, o maulinidad, es asumida por muchos como un carácter, una identidad, que otorga cierta distinción y orgullo a sus habitantes.

Los ríos son los caminos que van al mar. Impregnan tradiciones, también el presente y el futuro de una comunidad. Las culturas, desde remoto, se asentaron en las cercanías de sus riberas. Ideas de inmortalidad, grandeza y trascendencia tienen su fuente de inspiración en los ríos. El Nilo, a modo de ejemplo, en la antigüedad, fue alegorizado por la cultura helenística como un anciano generoso que derramaba fertilidad y riquezas. También El Bosco nos muestra en su tríptico “El Jardín de las delicias”, el nacimiento de los cuatro ríos paradisíacos.

Muchos son los simbolismos del río. Su corriente evoca el deslizamiento de las formas, la transitoriedad, el movimiento, la renovación, la fertilidad, la irreversibilidad -jamás el río vuelve atrás-, la vida y la muerte.

Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en el mar/ que es el morir, dijo Jorge Manrique.

En el mundo grecorromano los ríos fueron personalizados, adquiriendo caracteres de dioses antropomórficos, siempre protectores, nunca amenazantes. El agua es, probablemente, el más rico y positivo de los símbolos, que se resuelve, en cualquier caso, en términos de vida: base en la que todo debe apoyarse. Se le atribuye un carácter femenino, pasivo y fecundante, del cual brota la vida. Los significados positivos del agua se potencian entre los pueblos agrícolas -como esta zona- cuya supervivencia depende fundamentalmente de ella, y más aún en los pueblos oriundos del

desierto, que la ven como máxima bendición.

En algunas culturas, como la cristiana, el agua tiene un sentido purificador, es decir, una capacidad para limpiar y fecundar. En otras, simboliza la capacidad regeneradora: “la fuente de la eterna juventud”. El agua se conecta, simbólicamente, también con la mujer, la luna y la inmortalidad.

En las riberas de los ríos, o cerca del mar, florecen las culturas. La fundación de pueblos y ciudades en la América colonial siempre se realizó en sus vecindades. Al recorrer, imaginariamente, la geografía de nuestro país se advierte la naturaleza ribereña de muchos de sus pueblos y ciudades. La necesidad de agua para beber y de regadío para la agricultura fue factor decisivo en la determinación de los lugares de asentamiento de una cultura.

El río condiciona el marco cultural y también económico de los habitantes de una comunidad. Un rasgo muy característico de las ciudades que hoy conforman la Región del Maule es la referencia, o, más bien, identificación, con sus ríos. El Mataquito, en Curicó, ha inspirado a muchos de sus poetas e historiadores, entre ellos Augusto Santelices, René León Echaiz, Tomás Guevara Silva, Carlos René Correa y Óscar Ramírez, entre otros. También esa zona vio nacer a dos premios nacionales de arte: Benito Rebolledo Correa, curicano, y Laureano Guevara, nacido en la vecina Molina.

El Ancoa inspiró en Linares al grupo artístico y literario de igual nombre. Artistas tales como Manuel Francisco Mesa Seco, Emma Jauch y Pedro Olmos se vienen a nuestra memoria.

El Maule, por su parte, aglutina todo un legado de historia y tradiciones. Esta zona, vertebrada culturalmente por el cauce de sus ríos, ha reunido a muchas figuras, de diferentes ámbitos del quehacer cultural, que han aportado talento y creatividad a la cultura nacional. La nómina de pintores, escritores y poetas es extensa y de calidad. La presencia de estos autores se funde con los orígenes de nuestra vida republicana. El arte ha estado cerca del alma de la cultura regional. Sus cultores han sido abundantes en número y prolíficos en talento.

La división administrativa y territorial de nuestro país ha reunido a cuatro provincias en esta Séptima Región del Maule. Curicó, Talca, Linares y Cauquenes, representan una parte de nuestro territorio que, a la luz de sus peculiaridades, conforman una zona caracterizada por un perfil cultural homogéneo.

Hay varios elementos que son comunes a estas ciudades. En primer lugar, una población de raigambre más rural que urbana y una referencia económica y social que gira alrededor de esta realidad. El paisaje, por su parte, no nos muestra demasiados contrastes y las expresiones artesanales y folclóricas, no obstante estar enraizadas con más o menos fuerza en los distintos lugares, poseen repertorios formales y simbólicos que son comunes. En el contexto de esta realidad las expresiones del arte y la cultura se nos presentan con cierta coherencia.

En el plano de nuestra cultura ilustrada, numerosos son los intelectuales, hombres públicos, escritores y poetas, nacidos o avecindados en el Maule, que han logrado proyectar su obra más allá de las fronteras regionales. Baste recordar las figuras de Pablo Neruda, Francisco Antonio Encina, Mariano Latorre, Pablo de Rokha, Max Jara, Jerónimo Lagos Lisboa, Domingo Melfi, Armando y Ricardo Donoso, Jorge González Bastías, Francisco Hederra Concha, Guillermo Feliú Cruz, por sólo nombrar a algunos.

No se puede imputar a la casualidad la aparición de tantas figuras relevantes. Es necesario entender que tienen que darse ciertas condiciones en las cuales puedan germinar las inquietudes del espíritu. En Talca, parte significativa del quehacer cultural se gestó, a partir de la primera década del siglo pasado, con la fundación en 1827 del Instituto Literario, hoy Liceo de Hombres Abate Molina de esta ciudad. El concurso de valiosos hombres, tales como el Obispo José Ignacio Cienfuegos, el Abate Juan Ignacio Molina, y, ya en este siglo, Enrique Molina Garmendia y Alejandro Venegas, el incisivo Dr. Julio Valdés Cange, hacen de este centro educacional una verdadera alternativa de progreso cultural para la ciudad. Ilustres nombres, que han brillado en diferentes facetas del acontecer nacional, han desfilado por sus aulas.

En los patios de este liceo, nació en la década de los años treinta “La Mandrágora”, interesante grupo literario que hace suyo los manifiestos surrealistas de André Breton. Este colectivo cultural fue integrado por Braulio Arenas, que llegara a ser Premio Nacional de Literatura, Enrique Gómez Correa, Teofilo Cid, además del pintor Eugenio Vidaurrázaga Concha. Este grupo representa uno de los escasos antecedentes del surrealismo en Chile, por aquella época.

Durante la segunda mitad del siglo pasado algunos acontecimientos favorecieron el desarrollo cultural de la región. La aparición, en 1844 de “El Alfa”, el primer periódico publicado en Talca y uno de los primeros de toda

esa gran zona entre Talca y Concepción, y la publicación de “El Iris”, en Linares, en 1865, abren la posibilidad de generar en esta zona un mejor espacio de opinión pública e ilustración.

En 1875 dos acontecimientos cambian la vida social de Talca. La inauguración del Teatro Municipal, que otorga a la ciudad una vida artística inédita, parecida a la que se conocía en las grandes ciudades, tales como Santiago, Concepción y Valparaíso. Francisco Hederra Concha, en su interesante libro “Crónicas y anécdotas talquinas”, nos habla de la presencia en este escenario de Sara Bernhard y del tenor Aramburu.

El otro hecho relevante fue la llegada del primer tren desde Santiago, el 15 de septiembre de 1875. Al respecto Gustavo Opazo Maturana nos relata en su “Historia de Talca” lo siguiente: “Ante la emoción para unos y la nerviosidad llena de pavor para otros, silenció la máquina sus campanas y silbidos de anuncio. La locomotora iba adornada con banderas de Chile. El público rompió entre repetidos y frenéticos vivas, mientras la tropa saludaba con descarga de fusilería”.

La llegada del tren a la ciudad hizo posible conectarse con Santiago, en forma rápida y permanente. Se abría, de esta forma, un horizonte de enormes posibilidades de progreso económico y cultural para la ciudad.

Hablamos de aquella época en que, según nos relata el propio Hederra, había un negocio en la calle Uno Sur o Del Comercio, en donde se podía leer “Sombrerería de lujo de Ferdinand Bedinau, artículos para caballeros”, y más bajo decía “Talca, París y Londres”.

Una de las facetas donde el desarrollo artístico ha dado sus mejores frutos en la región, es la plástica. No quisiera dar una impresión liviana, queriendo apropiarse para el Maule a todos los pintores que han pasado alguna vez por esta zona. Más bien quisiera hablar sobre pintores nacidos en la región, o que, habiendo nacido en otros sitios, hayan enraizado su arte profundamente en los tipos y paisajes del Maule.

Es el caso de Juan Mauricio Rugendas, considerado como uno de los iniciadores, o precursores, de la pintura chilena republicana. En 1835 lo tenemos por primera vez en Talca, visitando a un compatriota suyo, Eduardo Gutike, casado con Carmen Arriagada, distinguida y culta dama talquina. El resto de la historia, entre sabrosa y dramática, es conocida por las cartas que doña Carmen le mandó a Rugendas, tema éste que ha sido tratado por Oscar Pinochet de la Barra. Las cartas de Carmen Arriagada son conocidas.

Sobre la correspondencia de Rugendas nada se sabe. Se supone que esas cartas fueron discretamente destruidas por ser, quizá, testimonio de una ilícita relación sentimental.

Hay dos cartas de Rugendas, entiendo del todo desconocidas, en poder del Instituto Abate Molina de la Universidad, que quisiera comentar. Una, que envía de Perú, en noviembre de 1844; la otra, está escrita a bordo de un vapor, en 1848. En ninguna de las cartas se delata lo que suponemos Rugendas sentía por doña Carmen. En la primera, aún menos, toda vez que señala, en la mitad de la carta lo siguiente: "Paso ahora a escribir al amigo Gutike". En la segunda encontramos varias notas fraternales, algo sospechosas: "Me queda apenas aliento para saludarte. Quisiera poner toda mi alma en esta carta, alma que late para mis amigos y que no conoce mejor felicidad que agradecerles... Hermana - amiga - mi querida Carmencita, adiós, adiós".

El pintor bávaro retrató a la Región del Maule durante el siglo XIX. El conocimiento visual de los personajes y las tradiciones de esta región durante esa época nos ha sido entregado por este cronista plástico quien, después de recorrer el país y gran parte de América, de contar éxitos y desventuras amorosas, de vivir a plenitud conforme a su espíritu romántico, retorna definitivamente a su patria, en 1847. Sus últimos años fueron difíciles y penosos. Murió en mayo de 1858, cuatro meses después de su compatriota Gutike. Carmen les sobrevivió hasta 1900.

La actividad artística en Chile durante buena parte del siglo pasado estuvo regida por el aporte de los llamados precursores extranjeros. Con José Gil de Castro, Charles Wood, Rugendas, Charton de Treville, Monvoisin y otros, se configura en el país un acontecer artístico importante, que estimula a muchos jóvenes y llama la atención de las autoridades del Chile republicano. La respuesta del Estado fue la creación en 1849, bajo el gobierno de Manuel Bulnes, de la Academia de Pintura. Este hecho permite que se entregue en el país una formación artística sistemática, basada en una estructura académica, fundamentada en bases técnicas y teóricas.

La academia carecía de todo: de historia, de maestros nacionales, de modelos, de reproducciones y de fuentes teóricas de estudio. No obstante ello, se avanzó. Se fue creando, paulatinamente, una tradición, un gusto y una cierta educación estética en el país. Junto a ello fueron apareciendo los primeros maestros nacionales.

En provincias, en esta zona, la actividad artística era todavía incipiente.

Escasos son los nombres de figuras talquinas de significación en la plástica nacional, por esta época. En todo caso encontramos el nombre de Clarisa Donoso Bascuñán, alumna de la Academia, quien llegara a obtener una Mención Honrosa en la Exposición de Artes e Industrias de 1872. También tenemos a Eucarpio Espinoza Fuenzalidad, nacido en Vichuquén, y que cursara sus humanidades en Talca, para luego trasladarse a Santiago a estudiar en la Academia de Pintura. Fue éste un pintor academicista, que obtuvo una beca del gobierno para seguir estudios en París.

En las postrimerías del siglo XIX emerge la talentosa figura de José Agustín Araya. Este talquino siguió el camino artístico de muchos de los pintores nacionales de aquella época. Un aprendizaje inicial en la Academia de Pintura, para luego ir a París. El gobierno les enviaba a Europa, donde residían por largos años. Allí completaban sus estudios en las diferentes academias, para volver después a Chile, impregnados de una cultura y de inspiraciones ajenas al alma nacional. Aprendían el oficio, también las modernas técnicas y procedimientos, reforzaban su base teórica, pero muchas veces, también, internalizaban los modelos de una sociedad lejana a su identidad cultural. Al regresar, algunos se sobreponían a este influjo, otros seguían sintiéndose europeos. El influjo francés del que nos habla Antonio Romera penetra, de este modo, en las bases del arte nacional.

Como pintor de transición Nicanor González Méndez hace gala de las más depuradas tradiciones del siglo XIX. Discípulo del italiano Giovanni Mochi y del maestro nacional Pedro Lira, fue este talquino un artista de méritos relevantes, especialmente en temas como el paisaje y el retrato. Hay varios otros artistas que, aun cuando no nacieron en esta región, se vincularon a ella por circunstancias diversas. El Maule impregna su obra, en la presencia de su geografía, tradiciones y tipos humanos.

Es el caso de Alberto Orrego Luco, cuya familia tenía intereses agrarios en Constitución y Quivolgo. Aún se conoce allí la Isla Orrego. Por este vínculo, sabemos también de la presencia en la zona del cuñado de este artista, el maestro Pedro Lira Rencoret.

Las primeras décadas del siglo XX nos muestran a un Chile consolidado en sus instituciones fundamentales, con una interesante perspectiva económica y cultural. La celebración del primer centenario de la Independencia Nacional, en 1910, motivó a las autoridades a preparar una gran conmemoración, donde se realizaron acontecimientos culturales de singular importancia. Se inauguró, ese año, un nuevo edificio para la Escuela y Museo de Bellas Artes, lugar que sirve, además, para realizar la gran

Exposición Internacional del Centenario.

En Talca, por su parte, ocurren algunos acontecimientos de importancia. El Liceo de Hombres, bajo la rectoría de Enrique Molina Garmendia, ha comenzado a entregar sus mejores frutos intelectuales al país. Surge un conglomerado de hombres notables, cuya nómina quizá por extensa no vendría al caso comentar, y a quienes se ha convenido en llamar como Generación del Centenario.

Es la época en que Francisco Hederra Concha, bajo el seudónimo de Julián del Claro, escribe “El tapete verde”, novela costumbrista que ilustra sobre la decadencia económica y social de esta ciudad. De otra parte, Alejandro Venegas, el Dr. Valdés Cange, ha estremecido a la sociedad chilena, con sus cartas al presidente Ramón Barros Luco, que se compendian en su libro “Sinceridad”.

La Exposición Internacional del Centenario, la reinauguración del Museo Nacional de Bellas Artes en su nuevo edificio y la revitalización de la enseñanza del arte con la contratación de importantes maestros extranjeros, entre ellos el español Fernando Álvarez de Sotomayor y el francés Ricardo Richón Brunet, significaron un progreso notable y una ampliación de los horizontes artísticos en el país. Sin embargo, la actividad pictórica en el Chile de la época estaba todavía distante de los aires de renovación y modernidad que, desde fines del siglo pasado, se venían dispersando por Europa.

Mientras en nuestro país se hacía un intento por recuperar ciertos valores culturales y pictóricos de la Madre Patria, anhelo de muchos de los pintores de 1913, en París movimientos tales como el Impresionismo y su secuela post, y el Fauvismo, eran ya parte de la historia.

Los primeros años de este siglo están marcados por los replanteamientos y las rupturas más diversas. Los artistas buscan con denuedo desprenderse de las inspiraciones formales y simbólicas del siglo XIX.

Volvamos al escenario de nuestra realidad, el Maule.

Junto al nuevo siglo comienzan a aparecer algunas figuras artísticas de interés. Es el caso de Agustín Abarca, quien destaca en la pintura chilena como uno de sus mejores paisajistas. Conocida, también, es la historia de este pintor, a quien Pablo Burchard, vecindado en nuestra ciudad por aquella época, estimula para que deje su empleo en la Tesorería de Talca para ir a Santiago a estudiar pintura. Entre la certeza de un cargo público y la

inseguridad del oficio de pintor, nuestro artista optó por lo segundo. El augurio de su jefe, quien le decía que “un pintor se muere de hambre” no se cumplió. Abarca conoció el éxito, aunque, en verdad, como fue el caso de casi todos los artistas del trece, su éxito fue ingrato, además de tardío.

También por esta época destacan los hermanos Federico y Fortunato Rojas Labarca. Al primero se le conoce por su pintura “La mesa revuelta”, prodigiosa obra hiperrealista, pintada en 1905; al segundo, de profesión médico, se le distingue como paisajista y retratista, además de hombre público.

Un elemento importante en este desarrollo cultural fue el quehacer de los salones de pintura. Estas actividades generan todo un desarrollo artístico, a la vez que significan un estímulo para que los pintores creen y exhiban sus obras. El primer salón de pinturas del que se tiene noticias en la región fue realizado en Talca en el año 1927. Se le llamó “Salón Anual de Pinturas y Antigüedades”. Años más tarde, en la década de los cuarenta, funcionó, durante el verano en Constitución, el “Salón del Maule”, certamen realizado gracias al entusiasmo y esfuerzo del artista y ex director del Museo de Talca, don Miguel Cruz Donoso.

En Talca se realizó, además, el “Salón Regional de Artes Plásticas de Talca”, organizado por el Centro de Amigos del Arte y la Ilustre Municipalidad de la ciudad. La actividad de estos certámenes artísticos favoreció notablemente el desarrollo cultural de Talca y la región, a la vez que permitió la aparición de los primeros grupos artísticos genuinamente regionales.

Los museos, por su parte, han sido centros de instrucción y formación de gran importancia en las regiones. En Talca se fundó el Museo en el año 1925. En 1964 se reinauguró en sus actuales dependencias, dándosele el carácter de Museo O’Higginiano. Apoyó esta iniciativa el historiador Guillermo Feliú Cruz. En Linares se funda en 1966, y gracias al impulso del Grupo Ancoa, el Museo de Arte y Artesanía. A todo esto habría que agregar la actividad que, en este plano, han desarrollado en estos últimos años las universidades regionales con el Museo de Huelmo de la Universidad Católica del Maule; y la Universidad de Talca, con su Centro de Extensión Cultural “Pedro Olmos Muñoz”.

Otro factor importante en la generación de inquietudes artísticas en nuestra ciudad, ha sido el Centro de Amigos del Arte. Creado en el año 1944, gracias a la iniciativa y esfuerzo de los pintores Luis Jiménez Franklin, Jacques Daigre y Clodomiro Bravo Rodríguez, entre otros, esta institución se

constituyó en un importante lugar de estudio y creación artística en la región. Fue así como dictaron docencia en este centro los pintores Kurt Herdam, Reinaldo Villaseñor, Celina Gálvez y Orlando Mellado, entre otros. La donación testamentaria del filántropo talquino Gabriel Pando proveyó los fondos para la adquisición de una casa destinada a un Museo. En este lugar desarrolla, actualmente, sus actividades el Centro de Amigos del Arte.

El Maule, río de nieblas e inspiraciones poéticas, ha atraído a los mejores exponentes de nuestra plástica nacional. Entre ellos el ya citado Juan Mauricio Rugendas; Tomás Somerscales, que pintó unos maravillosos nocturnos de la desembocadura del río; Alberto Orrego Luco; José Caracci, Premio Nacional de Arte, quien ha recibido el título de “pintor del Maule”; Jorge Caballero Cristi, que dio sus primeros pasos artísticos en la zona; José Boris Casanova, el catalán de las pequeñas y hermosas manchas impresionistas; Jorge Letelier, Carlos Isamitt y muchos otros. Todos ellos pintaron esta geografía maulina, estas tierras pobres, como diría Jorge González Bastías.

Linares, por su parte, desarrolló en las últimas décadas del siglo XX una muy significativa actividad cultural. Ella se ha manifestado desde el grupo artístico y literario “Ancoa”, fundado en 1958 por Manuel Francisco Mesa Seco, Sergio Monje, Eugenio González, Emma Jauch y Pedro Olmos. Desde sus inicios el grupo centró sus objetivos en la creación, el estudio y la difusión de los valores del arte y la cultura, en sus más diversas y variadas expresiones. Emma Jauch, pintora y poetisa talentosa e infatigable, se nos presenta como una de las figuras señeras de la cultura regional. Pedro Olmos, por su parte, ya era un pintor conocido en el mundo en la década del cuarenta. Su inclusión en la selecta nómina de pintores del Diccionario Benezit es claro testimonio de ello. Olmos fue un retratista de nuestra cultura rural, uno de los mejores intérpretes de nuestra alma criolla. Conjugaba en sus obras el costumbrismo y la fe cristiana, esa armonía vital que caracteriza nuestra cultura rural. Temas como el Cristo Huaso, la Anunciación y la Natividad, son ejemplo de lo señalado.

Linares conoció también de la presencia de Pedro Luna, el más moderno o afrancesado, de los pintores del Trece; vio nacer a Robinson Mora, uno de los exponentes nacionales más interesantes de la pintura abstracta, radicado en la actualidad en Coyhaique.

Esta presencia artística del Maule en la cultura nacional está todavía presente. La mantienen viva las universidades, en sus actividades de extensión; los distintos grupos como el Centro de Amigos del Arte, los

museos, la Apech -Talca, el grupo “Ancoa”, entre otros. Mantienen viva esta tradición especialmente los pintores. Entre ellos Orlando Mellado, con una obra de nivel nacional.

La extensa enumeración de hechos relacionados con el arte y la cultura, un rico acervo histórico, la abundante nómina de artistas, intelectuales y relevantes figuras públicas, la referencia de una extensa geografía colmada de tradiciones, artesanías y expresiones folclóricas, hacen de esta región del Maule una zona fecunda para el cultivo de las expresiones del espíritu. La valoración, estudio y preservación de este inestimable patrimonio cultural se hace necesaria a la hora de querer conocer nuestro pasado, comprender nuestro presente y avizorar nuestro porvenir. Una concepción amplia e íntegra de progreso debe sustentarse, necesariamente, en la referencia de nuestra identidad cultural.

Pedro Emilio Zamorano Pérez
Dr. en Historia del Arte
Académico Instituto Abate Molina